

GUERRAS DE EXTREMADURA

INTENTO DE ASALTO A BADAJOZ

Queriendo el conde de San Lorenzo, gobernador de las armas de la provincia de Alentejo, debilitar el ejército español que sitiaba la plaza de Olivenza, pensó en una acción rápida contra el fuerte de San Cristóbal, en la creencia que la escasa guarnición, sorprendida por un repentino ataque, había de entregarse fácilmente. El portugués Alfonso Hurtado, general de artillería, con ochocientos infantes y quinientos caballos, fué encargado de esta operación, que no estaba exenta de peligros, porque la maniobra de separar del ejército la citada masa de gente, era probable que fuese advertida por los castellanos, dada la proximidad de los puestos ocupados por unos y otros.

El general inició el movimiento con el mayor secreto que le fué posible, pero con tan mala fortuna, que la noche en que había de ejecutar la interpresa fué tan tempestuosa, que perdidos los guías y confundidos los soldados en los olivares de Elvas, por donde fué la marcha, faltaron las horas de la noche para llegar a San Cristóbal antes de la madrugada. Por este contratiempo, Alfonso Hurtado decidió retirarse a Elvas, no sin la sospecha—como dice el conde de Ericeira—de que los guías, medrosos o corrompidos, maliciosamente equivocaron

el camino, que, al ser directo, hacía casi imposible la pérdida por grande que fuese la obscuridad (1).

Inseguro en sus posiciones el conde de San Lorenzo, ante la imposibilidad de socorrer a Olivenza, y habiendo sabido que el duque de San Germán estaba resuelto a presentarle batalla, ordenó que su ejército se retirase al alojamiento de Jurumeña. No pasó inadvertido este movimiento, que fué vigilado por las tropas del duque de Osuna. Los españoles estuvieron prudentes no atacando al enemigo que voluntariamente abandonaba sus puestos, ya que sin riesgo alguno lograban sus fines, aprovechándose del desaliento que aquella retirada produjo en los sitiados de la plaza oliventina.

En Jurumeña se reunieron los jefes del ejército portugués, y el conde de San Lorenzo, pesaroso de aquel abandono que tuvo las apariencias de una huida, con pocas palabras manifestó que había decidido acometer una de estas empresas: o volver sobre las líneas de los castellanos con ánimo de romperlas, o atacar Badajoz, porque ganada esta plaza, aunque se perdiera Olivenza, conseguían las armas del rey mayor utilidad y mejor reputación. Declaró que no admitiría voto que no comprendiese una de las dos resoluciones propuestas. Los reunidos, en su mayoría, convinieron en el ataque a Badajoz, por ser de las dos proposiciones la menos dificultosa. Andrés de Albuquerque y Manuel de Mello añadieron que no sería inútil apoderarse del fuerte de Telena, para estorbar desde este sitio los convoyes que de Badajoz pasaban al ejército.

El conde de San Lorenzo remitió a Lisboa estos pareceres, y la reina juntó a los consejeros de Estado y Guerra, que por cierto no estuvieron acordes en sus opiniones. El conde de Odemira y Francisco de Mello aconsejaron que se intentara ganar los fuertes de Telena y San Cristóbal; que se sitiase Badajoz, y que se tuviese cuidado de proteger la provincia de

(1) *Portugal Restaurado*. Tomo III. Pág. 37.

las invasiones de la caballería enemiga. Más razonables eran los votos de los que proponían a la reina que dejara a la elección del conde de San Lorenzo y del Consejo de Guerra del ejército los caminos que se habían de seguir para remediar la situación angustiosa de Olivenza, porque éstos conocían mejor las posiciones de las tropas de Castilla y los lugares que convenía ocupar para impedir el abastecimiento de víveres y municiones.

Ninguna de aquellas proposiciones tenía finalidad práctica el ejército portugués era pequeño e insuficiente para romper las líneas enemigas, y, para la magna empresa de sitiar Badajoz, poseía pocos elementos de expugnación y vituallas. La ocupación de Teleno no era útil, porque este fuerte, para aliviar el peligro de Olivenza, estaba muy lejos, y para impedir los convoyes, siendo superior la caballería española, resultaba infructuoso, aunque fuera posible sostenerlo una vez perdida Olivenza. También era un error el ataque al fuerte de San Cristóbal, aun en el supuesto de que los portugueses se apoderaran del mismo, ya que este suceso, por su poca importancia, no obligaba al duque de San Germán a levantar el sitio. Esta determinación sería necesaria si Badajoz corriera grave peligro, y con la pérdida del fuerte muy poco se arriesgaba, por interponerse entre él y la ciudad el río Guadiana. Opinan algunos críticos militares que el conde de San Lorenzo debió intentar, como contrapeso a su infortunio, la conquista de Alburquerque, plaza muy fácil de conseguir en aquel tiempo por la poca guarnición que la defendía.

Se conformó la reina con los votos del conde de Odemira y Francisco de Mello, y sin demora mandó sus instrucciones al campamento portugués; pero llegaron tarde, pues el conde de San Lorenzo, animado de fervoroso impulso, había ordenado, sin otra conferencia, que las tropas marchasen a sitiar la ciudad de Badajoz, anticipándose, por segunda vez, Alfonso Hurtado a interprender el fuerte de San Cristóbal, sin lograr

su propósito por una circunstancia extraña a sus buenos deseos. Habiendo entregado al teniente Antonio Mexía Benito las escalas y los petardos, y no estando éste en su puesto a la hora convenida por haber equivocado el camino, cuando llegaron oportunamente las tropas a las cercanías del fuerte, se encontraron sin los elementos precisos para realizar la proyectada operación. Con hondo sentimiento se retiró Alfonso Hurtado, y esta desgracia no impidió la marcha del ejército lusitano, que el 15 de Mayo de 1657 se encontraba a la vista de los muros de Badajoz.

Los portugueses acamparon en la cañada de Sancha Brava, y avanzando los tercios de los condes de San Juan y de la Torre ocuparon unas huertas vecinas a la muralla, no sin recibir daño de las baterías de la ciudad. El conde de San Lorenzo dispuso que de Elvas enviasen toda la artillería gruesa y otros elementos para empezar el sitio. Pero no fué constante en su idea, y, mudando rápidamente de parecer, quiso que en la madrugada del día siguiente se diese un asalto general a la plaza de Badajoz, «despreciando todas las consideraciones que podían dar a esta empresa el título de temeraria». Lo poco nutrido del ejército portugués y lo largo de la circunvalación de la ciudad imposibilitaban el ataque por varios lugares a la vez para dividir la guarnición. Además, las escalas eran cortas y las murallas muy altas, y aunque aquéllas se prolongasen no servirían para el objeto a que se destinaban, porque, siendo la altura desproporcionada, nunca podrían sustentar el peso de la gente que había de subir por ellas. Sin embargo, como el empeño del conde de San Lorenzo fué mayor que estas dificultades, llevó adelante su intento, ordenando previamente que Manuel de Mello con mil seiscientos caballos vigilase los caminos que iban de Badajoz al ejército que sitiaba Olivenza, con el fin de evitar las comunicaciones y de impedir los socorros.

La ejecución del plan, por la parte más próxima al río Gua-

diana, tocó a los maestros de campo Simón Correia da Silva, Agostinho de Andrade Freire y al tercio de Juan Leite de Oliveira que marchó de reserva. A la puerta de la Trinidad avanzaron los maestros Ruy Lourenço de Tavora y Diego Sánchez del Pozo, y, de reserva, el conde de Miranda con el tercio de la Armada. El teniente general Tamaricurt, con seiscientos caballos, prestaría ayuda al asalto. Entre capitanes y soldados de calidad se repartieron las escalas, y antes que los tercios avanzasen, se dispararon algunos cañones de la plaza, que manifestaban claramente la vigilancia de la guarnición. Súpose después que estos disparos fueron una señal para que todos los vecinos se previniesen, pues un soldado, fugitivo del ejército portugués, dió aviso de los preparativos que se hacían para el asalto, y de un convoy, que logró entrar en Badajoz burlando las patrullas enemigas.

Tampoco inquietó esta contrariedad al conde de San Lorenzo, y ya con la luz del día los tercios avanzaron valerosamente. Arrimáronse las escalas, pero, como se suponía, no alcanzaban la altura de la muralla. Unas caían por el peso de la gente, y otras, destrozadas por los golpes de las piedras que se arrojaban desde lo alto. Los portugueses, queriendo parecer más temerarios que temerosos, despreciaron las nubes de balas que los envolvían y no se separaron de los muros hasta oír que las trompetas y tambores tocaban retirada.

Según una relación española que tengo a la vista (1), tan pronto como en Badajoz se dió el toque de alarma acudieron a su defensa el maestre de campo y gobernador militar don Simón de Castañiza y toda la tropa de su mando, que la formaban mil quinientos infantes y setecientos caballos. La milicia prestó su valiosa ayuda, y hasta las mujeres se personaron en la muralla para defenderla del ataque de los enemigos. Fué tenaz la resistencia por todas partes, y los tercios de infantería

(1) Ya citada en la pág. 4 del tomo VI de esta Revista.

que envió el conde de San Lorenzo con dos petardos para romper la «Puerta del Puente», conducidos por un hijo del conde de Castello Melhor, fueron rechazados, quedando muertos en el campo los que atrevidamente se acercaron al rastrillo. Duró la contienda hora y media y al cabo se retiraron los portugueses, siendo el tercio del conde de Miranda el más castigado en la retirada, que ejecutó con mucho orden y valentía. Manuel de Mello, después de salvar las dificultades del estrecho paso del arroyo Calamón, llegó con la caballería junto a la ciudad, cuando ya la infantería se marchaba con setenta oficiales y soldados muertos y con más de trescientos heridos.

Referente al comportamiento de las milicias en el intento de asalto a Badajoz, dicen las ordenanzas municipales aprobadas por el ayuntamiento en 14 de Octubre de 1761, lo siguiente (1): «Defendieron con intrépido ardimiento el castillo de San Cristoval, vigorosamente atacado: Assaltados los muros de la Plaza, fué rechazado el Enemigo con mucha sangre; las escalas destinadas para subir, trocados los intentos, sirvieron para bajar, no sólo precipitados los que assaitaban, sino en su seguimiento los defenscres». La jornada fué sangrienta. En los fosos quedaron muertos los maestros de campo Ruy Lourenço de Tavora y Diego Sánchez del Pozo, español de nacimiento, que casado y domiciliado en Portugal siguió el partido del duque de Braganza, y los capitanes Sebastián de Vasconcellos,

(1) Ordenanzas de la M. N. y M. L. ciudad de Badajoz, formadas en virtud de Comisión de su noble ilustre Ayuntamiento, conferida a Don Pedro Alexandro de Silva y Pantoja, Don Sancho González Grajera, el conde de la Torre del Fresno, Don Manuel de Laguna Moscoso, Regidores perpétuos, por dirección de Don Vicente Paino y Hurtado, Abogado de los Reales Consejos, Alcayde Mayor que fué de ella, y con asistencia de Don Alexandro Francisco de Silva y Figueroa, Procurador sindico general de su comun. Aprobadas por el Supremo Consejo de Castilla en 28 de Enero de 1767. En Madrid: En la oficina de Don Antonio Sanz, impresor del Rey nuestro señor y de su Consejo.

Manuel de Cunha, Manuel Arnau y Alvaro de Mezquita. Entre los heridos de más distinción se encontraban el conde Camareiro-mor, el maestre de campo Simón Correia y Antonio Francisco Saldaña. Dos capitanes cayeron mal heridos, y, no pudiéndolos trasladar, fueron hospitalizados en Badajoz. De nuestra parte hubo dos muertos, un alférez y un soldado, y seis heridos, entre ellos un racionero que fué el primero que subió a defender la muralla. El día 17 de Mayo, por la tarde, entró en la ciudad don Lope de Tordoya, corregidor de Llerena, «con el socorro de seiscientos infantes y cincuenta caballos de hijosdalgo».

El enemigo se volvió a sus fortificaciones y en ellas hizo enterrar los cuerpos muertos de los soldados que pudo recoger en el descalabro sufrido, y los heridos fueron conducidos a los hospitales de Elvas. En esto se entretuvo el conde de San Lorenzo hasta el 19 de aquel mes, que se retiró de los campos de Badajoz, vadeando el Guadiana por un pueute de barcas y alojándose junto al río Caya. Al día siguiente continuó la marcha hacia Jurumeña con objeto de animar a los sitiados de Olivenza, sin darse cuenta que caminaba a mayor descrédito, puesto que siendo inútil todo esfuerzo para evitarlo, iba a ser testigo de la entrega de la plaza.

Sólo sugestionado por las gravísimas circunstancias que rodeaban Olivenza pudo el conde de San Lorenzo pensar en el sitio de Badajoz. Bastaba un poco de calma para comprender que era irrealizable tan temeraria empresa. En el supuesto que por cualquier accidente hubiera corrido algún peligro la ciudad, las tropas españolas, levantando el sitio de Olivenza, se apresurarían a socorrerla, y, en este caso, el conde de San Lorenzo que rehusó siempre un encuentro formal con el enemigo, se hubiera visto forzado a aceptar un combate en pésimas condiciones para él, cogido entre dos fuegos. Entonces su derrota quizás hubiera alcanzado límites insospechados. Por esto, sin duda alguna, el general portugués abandonó la idea

del sitio y quiso repentinamente ganar la ciudad por asalto, pensando que el número y pujanza de sus tercios harían debilitar la resistencia de los habitantes. Pero se equivocó también y no se hicieron esperar los funestos resultados.

Olivenza se rindió a las tropas de Castilla, y el duque de San Germán, animado por este suceso, después de destruir los aproches y lugares de acuartelamiento y de alojar debidamente la guarnición, planeó la conquista del castillo y villa de Mourón, distante cinco leguas de Olivenza y una de Monjaraz, interponiéndose la corriente del Guadiana entre las dos plazas con igual distancia de ambas. Los españoles entraron triunfantes en Mourón, con pequeña resistencia de los portugueses, a las ocho de la mañana del día 20 de Junio de 1657. Algunos comentaristas de estas campañas atribuyen la fácil victoria a la debilidad de las murallas y a las escasas proporciones del castillo, capaz solamente de albergar cuatrocientos hombres. Quizás por esta razón no fué castigado su gobernador el capitán de caballería Juan Ferreira da Cunha. El conde de San Lorenzo, en esta ocasión, siguió una táctica muy parecida a la de Olivenza. Llegó a Monjaraz; consideró peligroso el paso del Guadiana, y con el temor de que los castellanos intentasen nuevos progresos, mandó a Manuel de Mello, con numeroso cuerpo de ejército, que se fortificara en Moura, para facilitar desde esta posición el paso del río.

Rendido Mourón se retiró el ejército portugués a Jurumeña, y el duque de San Germán, luego de observar las posiciones enemigas, marchó a Badajoz. El conde de San Lorenzo quiso oír los pareceres de los subordinados, y reunidos en consejo, unos opinaron que el ejército se acuartelase, porque el rigor del sol dificultaría las operaciones que se proyectasen, y otros, como los condes de Castello-Melhor y de Sabugal, propusieron volver sobre Mourón para recuperarlo, toda vez que la empresa no era difícil y se recobraba el crédito perdido. El conde, conformándose con esta última opinión, se dispuso a

actuar sin demora, comunicando su decisión a la reina, y ya dictaba órdenes encaminadas a tal fin, cuando supo que él y los principales jefes de su ejército habían sido destituidos de sus cargos.

Era natural que la reina tomara una determinación enérgica. Los continuos fracasos del conde desprestigiaban las armas del reino, y constituían un serio peligro para la disciplina militar y para la tranquilidad pública. Sin embargo, la reina, procurando no herir susceptibilidades y atenuar en lo posible tan violenta medida, encontró una fórmula que si no daba satisfacción completa a los interesados, tampoco ofrecía ocasión para que éstos se considerasen agraviados. Hela aquí: el rey había resuelto tomar el alto mando del ejército alentejano, nombrando teniente general del mismo a Mendes de Vasconcellos, que entonces desempeñaba el gobierno de las armas de la provincia de Traz os Montes. Hizo a Andrés de Albuquerque y a Sancho Manuel maestros de campo general, primero y segundo respectivamente, y reservó al conde de San Lorenzo un puesto a fin de que asistiera y aconsejara en materia tan importante como la distribución de las órdenes para el buen gobierno de aquel ejército. Esta combinación militar se divulgó por Lisboa, y el entusiasmo de la gente llegó a tal límite, que cuando Mendes de Vasconcellos iba a palacio a conferenciar con la reina, le acompañó una imponente manifestación popular que lo vitoreaba y aclamaba llamándole el defensor del reino.

Al llegar a la Corte las noticias y decisiones del conde de San Lorenzo pasaron a informe del Consejo de Guerra. Los consejeros, como cuestión previa, decidieron manifestar a la reina la contrariedad que les había producido haberse el rey nombrado capitán general de su ejército, y mudado los puestos principales del mismo, sin que precediera deliberación del organismo que representaban; y también significaron la injusticia cometida con Manuel de Mello, que en cuantas acciones

tomó parte había dado pruebas de su valor y pericia. La reina replicó extrañándose que los consejeros hallasen novedad en los cambios militares, puesto que ellos en diversas consultas fueron de esta opinión, y añadió que no necesitaba advertencias para estimar a vasallos tan beneméritos como Manuel de Mello. Y con firme resolución quedaron inalterables las disposiciones referidas.

Entrando en la materia objeto de la convocatoria, el Consejo de Guerra no podía aprobar que se quitara al conde el mando de las tropas en los momentos en que iniciaba el sitio para recuperar el castillo y villa de Mourón; obrar de otro modo, a juicio de los consejeros, era ir contra el decoro de las armas del reino. Sólo el conde del Prado, separándose de sus compañeros, formuló voto particular, en el sentido que Mendes de Vasconcellos tomara inmediatamente posesión de su cargo, porque las repetidas desgracias del conde de San Lorenzo habían llevado la desconfianza a los jefes, oficiales y pueblo, y cualquier tropiezo en una acción militar que se intentase, podía originar daños irreparables. Mendes de Vasconcellos, siguiendo la opinión de la mayoría, juzgó que destituir a un general habiendo dado principio al asedio de una plaza, era un agravio pocas veces visto, y que por su parte, siendo necesario, se ofrecía a incorporarse al ejército y servir de soldado mientras durase el sitio. Pero la reina, alentada por servidores officiosos, quiso que se cumpliera el plan que había discurrido, y con este propósito escribió a los interesados.

Al enterarse del contenido de la carta, el conde de San Lorenzo, sin reunir consejo y sin dejar las órdenes de la reina, se fué a Lisboa, «lanzando algunas expresiones que sólo tienen justificación en los desórdenes de la ira». En cambio, Andrés de Albuquerque, herido también en su amor propio, haciéndose cargo de la situación y creyendo interpretar los deseos de la reina, vista la inactividad que entonces tenía el

enemigo, acuarteló el ejército en las plazas de Moura, Estremoz, Elvas y otros lugares próximos, y él se situó en Jurumenha para mejorar sus fortificaciones. Y allí aguardó prudentemente la llegada de Mendes de Vasconcellos, sin intentar siquiera la fácil reconquista de Mourón, pues la gloria que supondría este triunfo, decidió dejarla íntegramente a su nuevo jefe, para que de modo tan feliz inaugurara su gobierno en la provincia de Alentejo. Respetuosamente contestó la carta de la reina, dándole cuenta de lo que había hecho, y lamentando más que su propia contrariedad, el poco aprecio que se hacía de la conducta de Manuel de Mello, hombre valeroso, militar distinguido, inteligente y no fracasado, condiciones que en justicia no podía negarle el más encarnizado de sus enemigos.

Tales fueron las consecuencias del intento de sitio y asalto a la ciudad de Badajoz en el año 1657. La crítica militar deduce que estos fracasados intentos ponen de relieve, una vez más, la imposibilidad de acometer empresas de esta índole contra una plaza fuerte, sin un meditado estudio y sin tener, además de los elementos precisos, una enorme superioridad numérica. Hay que añadir que los portugueses tampoco contaban con gente adicta dentro de la población que les tuviera al tanto de las incidencias que ocurrieran durante el sitio; al contrario, lejos de contar con estas facilidades, sólo podían esperar del vecindario hostilidades y rencores. La guerra irregular de encrucijadas y escaramuzas, que unos y otros sostuvieron muchos años, levantó una barrera de odios implacables entre los dos pueblos ibéricos que por sus hazañas portentosas fueron la admiración del mundo. Todavía, a pesar de los siglos transcurridos, no han llegado a comprenderse, si bien los hombres modernos, los de aquí y los de allá, menos apasionados y más comprensivos, penetrando en las entrañas de la historia y de la literatura de ambas naciones, han iniciado una corriente de cordialidad, que sin perjuicio de la respectiva independencia política de estos países, los unirá en la noble misión que

por sus gloriosos antecedentes históricos, seguramente les reserva el porvenir en las grandes conquistas del progreso humano.

JESÚS RINCÓN,